

RELATO CORTO

TÍTULO

El Triángulo de la Excelencia

TEXTO RELATO

Aquella mañana, mientras revisaba los indicadores de calidad desde mi despacho, el hospital parecía respirar con su propio ritmo. Desde la supervisión de área funcional no se observan solo pasillos y turnos: se contempla un sistema complejo, preciso, donde cada decisión tiene consecuencias reales.

Mi mesa es el punto donde confluyen tres corrientes que, aunque a veces parecen independientes, forman un único cauce: la seguridad del paciente que medimos desde Calidad, el desarrollo de competencias críticas que impulsamos en Docencia y el rigor de la Investigación que valida cada uno de nuestros pasos.

Con frecuencia, los alumnos de tercero y cuarto de Grado llegan con la mirada fija en la técnica: la vía periférica, el sondaje, la cura compleja. Lo comprendo. Todos empezamos ahí. Pero mi verdadero reto como supervisora es lograr que esa mirada se eleve.

—Ana, tengo una alumna de cuarto que está cuestionando por qué seguimos utilizando este apósito cuando las guías de práctica clínica recomiendan otro —me comentó una mañana un profesor asociado de Ciencias de la Salud, con una mezcla de orgullo y desconcierto—. Dice que lo ha leído recientemente en una base de datos de enfermería.

En ese instante, el engranaje comenzó a moverse. No era solo una pregunta académica; era la Investigación llamando a la puerta de la Calidad.

Decidí invitar a la alumna a mi despacho. Se llamaba Sofía. Entró con los apuntes apretados contra el pecho, como si cuestionar la práctica clínica fuese casi una osadía. No la cité para corregirla, sino para empoderarla.

—Sofía —le dije—, esa duda que tienes es el inicio de una mejora de calidad.

Le mostré los indicadores de infecciones, los registros anonimizados, las cifras que sostienen —o cuestionan— nuestras decisiones diarias.

—Si la evidencia dice algo distinto a lo que hacemos, necesitamos comprobarlo con rigor. Vamos a transformar tu inquietud en un trabajo fin de grado.

Durante las semanas siguientes, mi labor fue la de tejer puentes. Gestioné tiempos, coordiné recursos y facilité los contactos necesarios para que aquella chispa no se

apagara. La Docencia aportaba el talento joven; la Investigación, el método; y la Calidad aguardaba los resultados para transformar la práctica asistencial.

Ese es, quizá, el verdadero papel de la supervisión: no apagar preguntas, sino ordenarlas; no frenar la inquietud, sino encauzarla.

El día que Sofía defendió su trabajo ante el tribunal universitario, comprendí que algo más profundo había ocurrido. No solo evaluábamos un proyecto académico. Estábamos formando a una profesional capaz de cuestionar, analizar y decidir desde la evidencia.

Habíamos cerrado el triángulo.

Cuando la supervisión apuesta de forma real por la calidad, la docencia y la investigación, el beneficiario final es siempre el paciente, que recibe cuidados basados en la excelencia y no en la inercia.

Al finalizar la jornada, mientras revisaba las memorias de prácticas, entendí que mi función como supervisora de área funcional es, en esencia, la de una arquitecta de puentes: entre la universidad y el hospital, entre el dato y la acción, entre el alumno que pregunta y el profesional que investiga.

Porque gestionar no es rellenar cuadros de mando. Gestionar es asegurar que el hilo de la calidad nunca se rompa, alimentándolo con la savia nueva de quienes vienen detrás, dispuestos a no conformarse con el “siempre se ha hecho así”.